

## **EDUCADORES CATÓLICOS, DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO**

### **1. A MODO DE INTRODUCCIÓN**

1.1. Después del encuentro de julio en Pinitos, y teniendo en cuenta el documento de Aparecida, pienso que nos encontramos ante un gran desafío. Podemos quedarnos en unos esquemas de empresas, porque pensamos, que si queremos seguir con los colegios, no hay otra forma que hacer esa empresa educativa con laicos y moviéndonos en una infinidad de estatutos y reglamentos, para hacer caminar a ese nuevo Instituto Cultural Marianista, donde pareciera que lo más importante es lo legal, buscando la seguridad de las propiedades, y poder continuar con nuestras obras colegiales, que entrar en una profunda y comprometida espiritualidad. No niego el valor de lo legal, pero es importante que busquemos la simplicidad y sobre todo una profunda y rica espiritualidad de Discípulos y Misioneros, como nos piden hoy nuestros obispos reunidos en Aparecida, Brasil. Necesitamos de laicos y religiosos con una espiritualidad y una vocación profunda, que les apasione al anuncio evangélico a través de la educación, y que nos lleve a ser y formar Discípulos y Misioneros de Jesucristo. La realidad actual nos marca un serio desafío, pues lo principal no es laicos o religiosos, nuevas estructuras o no, sino algo viejo y nuevo al mismo tiempo, lo original del Evangelio, que nos presentan los obispos en Aparecida: ser Discípulos y Misioneros, formar Discípulos y Misioneros.

1.2. Fácilmente nuestros colegios se pueden estar convirtiendo en unas pobres empresas educativas, con un baño superficial de mediocridad espiritual, donde se mata la novedad del Espíritu, al estar tragados por el feroz materialismo actual, y donde lo gratuito no se entiende ni existe. Y donde simplemente buscamos que todo vaya con normalidad y no tengamos problemas. Unos pobres centros que no tienen la audacia ni el nuevo ardor que el anuncio de Jesucristo requiere. Y en lugar de presentar un Espíritu de Fe fecundo, nos contentamos con una fe mezquina.

1.3. Para América Latina y el Caribe, el tiempo que viene después del encuentro de Aparecida, si somos fieles al Señor, es un tiempo nuevo y comprometedor. Y teniendo en cuenta lo presentado por los obispos en Brasil, me permito soñar junto con el espíritu de Aparecida.

1.4. Se nos presenta el desafío a los marianistas de intentar fundar en Argentina un Movimiento de Educadores Marianistas, Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Y no porque, al ser pocos los religiosos, sea una forma de poder continuar con nuestras obras de pastoral educativa, que sería mezquindad, sino fundamentalmente como respuesta a la llamada del Señor, en una escucha al Espíritu Santo, que se ha manifestado en el encuentro de los obispos en Brasil. Es entrar en la **nova bella** de nuestro carisma y de nuestro fundador. Es un tiempo nuevo lo que se manifiesta y no un hacer más de lo mismo. Se nos pide, en el hoy de nuestra historia, hombres y mujeres nuevos, con la novedad de la Vida traída por Jesús.

“La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes ven sólo confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio, arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos, que encarnen dicha tradición y novedad, como Discípulos de Jesucristo y Misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (Aparecida nº 11).

#### 1.5. Es interpelante el número 12.

“No resiste a los embates de los tiempos una fe católica reducida a bagaje, a elenco de normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados, que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo sucede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Aparecida nº 12).

Lo fundamental no es el hecho de trabajar con los laicos, sino darnos cuenta que ese gris pragmatismo hace que nuestra fe se desgaste, y se haga mezquindad. Aparecida está tocando lo esencial de nuestro carisma: el Espíritu de Fe. ¿Seremos capaces los marianistas de Argentina de realizar, frente a este desafío, un Movimiento de Educadores Católicos, Discípulos y Misioneros de Jesucristo? Y lo pienso no como solución a la escasez de religiosos, sino como respuesta en el hoy de nuestra historia, y en este cambio de época, a Jesús y a la realidad de nuestra sociedad contemporánea. La cuestión no es repetir el eslogan de que es el tiempo de los laicos, sino descubrir que es el tiempo de la Iglesia, donde laicos y religiosos seamos realmente Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

1.6. Aparecen en el encuentro de nuestros obispos cuatro principios fundamentales, válidos para todas las actividades de la Iglesia Latinoamericana, para realizar en nuestra pastoral ese ideal de Discípulos y Misioneros:

1.6.1. Repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas. “No grandes estructuras, sino hombres y mujeres nuevos” (Aparecida nº 11).

1.6.2. Evitar el peligro de una fe y una pastoral mezquina, porque al pensar que todo sucede con normalidad, en la pobre seguridad que nos dan las pobres estructuras que creamos, nos quedamos tranquilos y nos dejamos enganchar por la rutina diaria,

que desgasta nuestra fe y la hace mezquindad (Aparecida n° 12). Necesitamos recomenzar desde Cristo revitalizando el hecho de ser católico, y con una evangelización mucho más misionera y más audaz, que lleve a orientaciones vitales, que nos permitan salir de una fe mezquina.

“Nos encontramos ante el desafío de revitalizar nuestro modo de ser católico y nuestras opciones personales por el Señor, para que la fe cristiana arraigue más profundamente en el corazón de las personas y de los pueblos latinoamericanos” (Aparecida n° 13).

1.6.3. Elegir caminos que conduzcan a la vida. Un mayor ardor en la Misión y una audacia más fuerte en nuestro vivir la fe. Buscar caminos que nos ayuden a vivir la plenitud de vida que Cristo nos ha traído.

“Requiere desde nuestra identidad católica, una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres. Hoy se plantea elegir entre caminos que conducen a la vida, o caminos que conducen a la muerte. Caminos de muerte son los que llevan a dilapidar los bienes recibidos de Dios a través de los que nos precedieron en la fe. Son caminos que trazan una cultura sin Dios y sin sus mandamientos o incluso contra Dios, animada por los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero, la cual termina siendo una cultura contra el hombre y contra el bien de los pueblos latinoamericanos. Caminos de vida verdadera y plena para todos, caminos de vida eterna, son aquellos abiertos por la fe que conducen a la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural” (Aparecida n° 13).

Todo esto entronca fuertemente con nuestro espíritu de fe, que le hizo vivir a Chaminade la plenitud del seguimiento de Cristo al servicio de los hombres y de la Iglesia de su tiempo. Y para eso fuimos fundados.

1.6.4. Y el Señor nos dice no tengan miedo, porque el Señor está vivo. A pesar de nuestras debilidades y de las circunstancias dramáticas que nos toca vivir, sentir la seguridad de la presencia real de Jesús y del Espíritu, que nos darán capacidad y audacia para promover y formar Discípulos y Misioneros.

“Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido de Dios gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar Discípulos y Misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que este. No tenemos otra dicha ni otra prioridad, que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias” (Aparecida n° 14).

Mostrar la capacidad de los pobres y pocos marianistas que estamos en Argentina para promover y formar discípulos y misioneros, que desborden gratitud y alegría por el

don del encuentro con Jesucristo. En nuestra pobreza humana está la fuerza, cuando al descubrirnos instrumentos del Espíritu de Dios, somos capaces de encontrar, seguir, amar, adorar, anunciar y comunicar a este Jesús, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de todos los hombres.

## 2. LA EDUCACIÓN CATÓLICA

2.1. El documento de Aparecida nos habla en el capítulo 6, **ITINERARIO FORMATIVO DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS**, de la Educación Católica como lugar de formación para los Discípulos Misioneros. Y nos introduce en líneas importantes para la Educación Católica. El objetivo de la Educación Católica es formar Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

2.2. Nos presenta la preocupación por la realidad actual de la Educación Católica afirmando que vive una particular y delicada emergencia. Análisis muy serio de nuestra realidad educativa católica que deberá enfrentar un reduccionismo antropológico muy serio, que orienta la educación en función de la producción, la competitividad, el mercado y con inclusión de factores contrarios a la vida. Todo esto trae consecuencias muy graves en los jóvenes y en el futuro de nuestra América Latina.

“América latina y el Caribe viven una particular y delicada emergencia educativa. Las nuevas reformas educacionales de nuestro continente, impulsadas justamente para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando en el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia, propician la inclusión de factores contrarios a la vida, la familia y una sana sexualidad. De esta manera no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tan poco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a vivir una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estables el hogar que funden, y que les convertirá en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad” (Aparecida n° 342).

2.3. Insisten los obispos en una educación de calidad, y donde tengan lugar los valores perennes, a la que tienen derecho todos los hombres y mujeres de nuestros pueblos. Recuerda el auténtico fin que tiene la educación.

“La educación en general, la queremos concebir fundamentalmente como un proceso de formación integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura. Y esta entendida como rico patrimonio a asimilar, pero también como un elemento vital y dinámico del cual forma parte. Ello exige confrontar e insertar valores perennes en el contexto actual. De este modo la cultura se hace educativa” (Aparecida n° 343).

2.4. Se insiste en la educación que humaniza y personaliza al ser humano cuando logra que este desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, y adquiriendo hábitos de comprensión y comunión con la totalidad del orden real.

“Esto implica poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarlo a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona la psicológica. No se da libertad ética sino en la confrontación con los valores absolutos de los cuales depende el sentido y el valor de la vida del ser humano” (Aparecida 344).

Una nueva esclavitud está desarrollándose en nuestro mundo: tratar de imponer una educación que no haga crecer a los jóvenes en valores y en personalidad, para que sean fácilmente tragados por el materialismo y el consumo, por el placer desordenado, no sean capaces de una vida sobria y sencilla, y así se vayan autodestruyendo. De esa manera serán hombres y mujeres autómatas, fácilmente manejables, disminuidos en su libertad y fortaleza, y no podrán ser constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad.

“La educación en definitiva, humaniza y personaliza al ser humano, cuando logra que este desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y comunión con la totalidad del orden real, por los cuales el mismo ser humano humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia” (Aparecida n° 344).

2.5. Al tratar los centros educativos católicos los obispos analizan una serie de puntos que son importantes para una verdadera educación cristiana a través de los centros educativos católicos:

2.5.1 La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida, tanto en la persona individual, como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí.

“Así procura transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación” (Aparecida n° 345).

2.5.2 El colegio católico tiene que entrar en un profundo cambio, y recuperar la identidad católica con un anuncio misionero valiente y audaz, donde puedan surgir con claridad Discípulos y Misioneros de los distintos estamentos de la familia educativa: docentes, padres, alumnos.

“La Escuela Católica esta llamada a una profunda renovación. Debemos rescatar la identidad católica de nuestros centros educativos, por medio de un impulso misionero valiente y audaz, de modo que llegue a ser una opción profética plasmada en una pastoral de la educación participativa. Dichos proyectos deben promover la formación integral de la persona teniendo su fundamento en Cristo, con identidad eclesial y cultural, y con excelencia académica. Además han de generar solidaridad y caridad con los más pobres. El acompañamiento de los procesos educativos, la participación en ellos de los padres de familia, y la formación de docentes, son tareas prioritarias de la pastoral educativa” (Aparecida n° 351).

No basta con tener un equipo de pastoral en los colegios de la Iglesia, sino que toda la acción colegial ha de ser pastoral, y que la escuela en todo su accionar se convierta, anuncie, proponga y organice con toda claridad la llamada a ser Discípulos y Misioneros. Llamada a evitar el riesgo de ser esos colegios Light, que se convierten en unas pobres empresas educativas, con un baño superficial de mediocridad espiritual, donde al matar la novedad del Espíritu, y al estar tragados por el feroz materialismo actual, la fe fácilmente se hace mezquina. Necesitamos ser capaces de hacer un proyecto educativo para formar Discípulos y Misioneros.

2.5.3 Ver la manera de que la comunidad educativa asuma su rol de formadora de Discípulos y Misioneros. Actualmente nuestras comunidades educativas, ¿están constituidas realmente por personas con una vocación a ser Discípulos y Misioneros? Directivos, personal administrativo y de mantenimiento, maestros, profesores, padres de familia, alumnos, ¿viven la alegría de Discípulos y Misioneros?

“Se propone que la educación en la fe en las instituciones católicas sea integral y transversal en todo el currículo, teniendo en cuenta el proceso de formación para vivir como discípulos y misioneros de Jesucristo, e insertando en ella verdaderos procesos de iniciación cristiana. Así mismo se recomienda que la comunidad educativa, (directivos, maestros, personal administrativo, alumnos, padres de familia,...) en cuanto auténtica comunidad eclesial y centro de evangelización, asuma su rol de formadora de Discípulos y Misioneros en todos sus estamentos. También que desde allí, en comunión con la comunidad cristiana del sector que es su matriz, promueva un servicio pastoral en el sector en que se inserta, especialmente de los jóvenes, la familia, la catequesis y promoción humana de los más pobres. Estos objetivos son esenciales en los procesos de admisión de alumnos, sus familias y la contratación de los docentes (Aparecida nº 352).

Son importantes los criterios para la admisión de alumnos y criterios para la contratación de docentes. Es importante que siempre quede claro que el Colegio busca formar Discípulos y Misioneros. La preocupación por lo pedagógico, por la adquisición de conocimientos, realidad necesaria y que no puede dejarse de lado, ¿no nos ha hecho olvidar la adquisición de valores, el crecer de personalidades humanas en plenitud y la formación de Discípulos y Misioneros de Jesucristo?

2.5.4 Una educación que recapitule todo en Cristo. Se insiste en la centralidad de Cristo y en la vivencia de su presencia. Y que esto aparezca claramente en los proyectos educativos concretos. No consiste en tener muchas horas de catequesis o hablar mucho sobre Jesús, sino vivir esa presencia de una manera normal y real, de tal manera que en su diario quehacer el maestro presente en su vida que es verdad la presencia del Señor, y que esa presencia marca y desarrolla nuestra vida. Esto nos lleva a una pregunta: ¿Nuestras comunidades educativas creen en la presencia del Señor en el Colegio? ¿Nuestras comunidades educativas lo hacen presente y lo viven en su diario caminar?

“Cuando hablamos de una educación cristiana entendemos que el maestro educa hacia un proyecto de ser humano en el que habite Jesucristo con el poder transformador de su vida nueva. Hay muchos aspectos en los que se educa y de los que consta el proyecto educativo. Hay muchos valores, pero estos valores

nunca están solos, siempre forman una constelación ordenada explícita o implícitamente. Si la ordenación tiene como fundamento y término a Cristo, entonces esta educación está recapitulando todo en Cristo y es una verdadera educación cristiana; si no, puede hablar de Cristo, pero corre el riesgo de no ser cristiana” (Aparecida nº 346).

**2.5.5** Una educación centrada en la persona humana capaz de vivir en comunidad. Se necesita descubrir el valor de la persona en cuanto hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza. Y es más aun: hecho hijo de Dios.

“En sus escuelas la Iglesia está llamada a promover una educación centrada en la persona humana que es capaz de vivir en la comunidad, aportando lo suyo para su bien. Ante el hecho de que muchos se hayan excluidos, la Iglesia deberá impulsar una educación de calidad para todos, formal y no formal, especialmente para los más pobres. Educación que ofrezca a los niños, a los jóvenes y a los adultos el encuentro con los valores culturales del propio país, descubriendo o integrando en ellos la dimensión religiosa y trascendente. Para ello necesitamos una pastoral de la educación dinámica, y que acompañe los procesos educativos, que sea voz que legitime y salvaguarde la libertad de educación ante el Estado y el derecho a una educación de calidad de los más desposeídos” (Aparecida nº 348).

**2.5.6** En el proyecto educativo el fundamento tiene que ser Cristo el hombre perfecto. Sentir y vivir que Jesucristo es quien eleva y ennoblece a la persona humana, quien da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida. Esta es la mejor noticia que podemos proponer a los jóvenes y a toda la comunidad educativa.

“De este modo estamos en condiciones de afirmar que el proyecto educativo de la escuela católica, Cristo el hombre perfecto, es el fundamento, en donde todos los valores humanos encuentran su plena realización y, de ahí, su unidad: Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia, y la transforma capacitando al hombre y a la mujer para vivir una vida divina; es decir, para pensar, querer, y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida. Precisamente por la referencia explícita, y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana – aunque sea en grado diverso y respetando la libertad de conciencia y religiosa de los no cristianos presentes en ella – la educación es católica, ya que los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo en metas finales. Este es el carácter específicamente católico de la educación. Jesucristo, pues, eleva y ennoblece a la persona humana, da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida. Es la mejor noticia, propuesta por los centros de formación católica a los jóvenes” (Aparecida nº 349).

¿Cómo haremos esto realidad en nuestros centros y cómo lo presentamos a docentes, padres y alumnos? Es el gran desafío para la educación católica, de manera que en el hoy de nuestra historia, nuestros centros católicos de educación puedan ser formadores de Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

**2.5.7** La escuela católica se propone la construcción de la personalidad de niños y jóvenes teniendo a Cristo como referencia en la mentalidad y en la vida. La escuela

católica debe buscar formar personalidades profundamente cristianas que al convertirse en discípulos de Cristo vean la historia como Jesús la ve, juzguen la vida como Él la juzga, y sean capaces de elegir y amar como Él lo hace, cultivando la esperanza y gozando de la intimidad y comunión con el Padre y el Espíritu Santo.

“Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone respecto de los niños y de los jóvenes, es la de colaborar en la construcción de su personalidad teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia, al hacerse progresivamente explícita e interiorizada, le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como Él lo hace, a elegir y amar como Él, a cultivar la esperanza como Él nos enseña, y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida. Situada en la Iglesia comunidad de creyentes, logra con libertad vivir intensamente la fe, anunciarla y celebrarla con alegría en la realidad de cada día. Como consecuencia, maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sinceramente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la donación de sí y en el servicio a los demás para la transformación de la sociedad” (Aparecida n° 350).

La Educación Católica no es un simple baño de espiritualismo evasivo, sino tratar de realizar y construir el Hombre Nuevo traído por Jesús, trabajar por realizar el proyecto de hombre, fruto de la Sabiduría, del Amor y del Poder de Dios Padre. El hombre es la persona pensada por la Sabiduría de Dios, amada por el Amor del mismo Dios, creada y hecha Hijo de Dios por el Poder de Dios. Y esto no es una simple teoría sino la realidad maravillosa de que cada uno de nosotros ha sido pensado por la Sabiduría de Dios, amado por el Amor del mismo Dios y realizado viniendo a la vida por el Poder de Dios, para ser sus hijos muy queridos. Misterio de la libre decisión de Dios de que los hombres participemos de su vida, y que esta participación se revele y se realice en Jesucristo. Y es el Espíritu Santo quien continúa en la historia este misterio de Salvación. Por esta comunicación de sí mismo, Dios al hacernos hijos suyos nos hace participar de la naturaleza divina. Todo esto exige de nuestra parte compromiso y acción de gracias, siendo Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Esto es lo que descubrieron los discípulos de Jesús después de la Resurrección, y también tantos hombres y mujeres en estos 2.000 últimos años, que transformaron sus vidas con el seguimiento de Jesús, y fueron capaces de anunciar esta hermosa realidad. Una razón fundamental de nuestras vidas es la de ser Discípulos y Misioneros.

2.6. No podemos olvidar la cantidad de niños y jóvenes que se educan en colegios estatales y que tienen derecho a que se les anuncie y convoque en la llamada a ser Discípulos y Misioneros. La educación católica no puede cerrarse sólo a los colegios de la Iglesia. ¿Cómo estar presentes en la educación de gestión estatal? Este es otro gran desafío para la educación católica, que no debe reducirse a los centros educativos de la Iglesia.

### **3. MOVIMIENTO DE EDUCADORES CATÓLICOS, DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO**

Pienso que tenemos que entrar en la aventura de intentar realizar un Movimiento de Educadores Católicos, Discípulos y Misioneros de Jesucristo, que animen y hagan de los centros educativos donde trabajan, un lugar donde se formen y surjan discípulos y misioneros. Esto supone una invitación a nuestros docentes y a todos los docentes que quisieran entrar en esta aventura para realizar este desafío, y el compromiso de empezar a vivir una espiritualidad de Discípulos y Misioneros. Sería una respuesta concreta a ese llamado de misión universal que en Aparecida nos hacen nuestros Pastores.

#### **3.1 ALGUNAS LÍNEAS DE ESPIRITUALIDAD MARCADAS POR DOCUMENTO DE APARECIDA**

Me atrevo a soñar con lo que plantean los obispos en Aparecida y pienso en líneas para esta espiritualidad de Educadores, Discípulos y Misioneros, teniendo en cuenta a María, primera Educadora, Discípula y Misionera:

3.1.1. Como María conciencia de que Dios Padre nos llama a ser Discípulos y Misioneros de Jesucristo en nuestra realidad de educadores. Llamada al encuentro más importante y decisivo de nuestra vida, el encuentro con Jesús que vive, y que nos pide salir de nuestra mediocridad y mezquindad, para construir una Iglesia más fiel en la América Latina de hoy. Encuentro que supone el esfuerzo por salir de la rutina de la vida cotidiana de nuestro ser cristiano, siendo y viviendo en profundidad como Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

“No nos afligen ni desconciertan los grandes cambios que experimentamos. Hemos recibido dones inapreciables, que nos ayudan a mirar la realidad como discípulos misioneros de Jesucristo” (Aparecida nº 20).

“Quienes se sintieron atraídos por la sabiduría de sus palabras, por la bondad de su trato y por el poder de sus milagros, por el asombro inusitado que despertaba su persona llegaron a ser discípulos de Jesús. Al salir de las tinieblas y de las sombras de la muerte (Lc. 1,79), su vida adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. Vivieron la historia de su pueblo y de su tiempo, pasaron por los caminos del Imperio Romano, sin olvidar nunca el encuentro más importante y decisivo de su vida que los había llenado de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús, su roca, su paz y su vida” (Aparecida nº 21).

Esta será una línea a tener en cuenta en una espiritualidad de un Movimiento de Educadores Católicos, Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Tendrá que hacerse carne, fuerza y convicción la llamada a ser Discípulos y Misioneros.

“La importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad, consiste en que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad. En el clima cultural relativista que nos circunda, donde es aceptada sólo una religión natural, se hace siempre importante y urgente radicar y hacer

madurar en todo el cuerpo eclesial la certeza de que Cristo, el Dios de rostro humano, es nuestro verdadero y único salvador” (Aparecida n° 22).

El educador, religioso o laico, que intenta vivir esta realidad, será capaz de hacerla florecer en los colegios y buscar caminos para que nuestros centros educativos, en su proyecto y perfil, sean de Discípulos y Misioneros. Para el cristiano ser educador no es una simple profesión, ni una carga, sino el don de Dios Padre, que al bendecirnos en Jesucristo su Hijo, nos convoca por el Espíritu Santo a ser Discípulos y Misioneros en nuestra historia actual. Es lo que los marianistas llamamos **educar para la formación en la fe**.

3.1.2. Como María ser capaces de mirar amorosamente la realidad de nuestro mundo y que nos interpele para saber buscar caminos que ayuden a crecer, a toda la Iglesia, como Discípulos y Misioneros. Vivimos una realidad marcada por grandes cambios, que afectan la vida profundamente. Necesitamos una actitud de educarnos y educar para el cambio, saber discernir los signos de los tiempos en este mundo de cambios vertiginosos y que trae a veces una crisis de sentido. Necesitamos mirar la realidad con más humildad, para descubrir cómo estos cambios afectan a la vida de nuestros pueblos, y al sentido religioso y ético de nuestros hermanos que buscan a Dios.

“Al lado de la sabiduría de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la información del último minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes de los exitosos que han sabido aprovechar en su favor las herramientas tecnológicas y las expectativas de prestigio y estima social. Ello hace que las personas busquen denodadamente una experiencia de sentido, que llene las exigencias de su vocación allí donde no podrán jamás encontrarla” (Aparecida n° 39).

El consumismo anula a niños, jóvenes y adultos, y les hace entrar en un materialismo feroz que puede matar la espiritualidad de la persona y su realización humana.

“Los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres, quienes buscan desarrollar nuevas actitudes y estilos de sus respectivas identidades, potenciando todas sus dimensiones humanas en la convivencia cotidiana, en la familia y en la sociedad” (Aparecida n° 49).

Aparecida nos afirma algo que es muy trágico: el individualismo pragmático y narcisista, que hace que nuestros jóvenes sean tragados por falsas sensaciones, donde la felicidad se pretende alcanzar con bienestar económico y satisfacción hedonista.

“Las nuevas generaciones son las más afectadas por esta cultura del consumo en sus aspiraciones personales profundas. Crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista, que suscita en ellos imaginarios especiales de libertad e igualdad. Afirman el presente porque el pasado perdió relevancia ante tantas exclusiones sociales, políticas y económicas. Para ellos el futuro es incierto. Así mismo participan de la lógica de la vida como espectáculo, considerando el cuerpo como punto de referencia de su realidad presente. Tienen una nueva adicción por las sensaciones y crecen en una gran mayoría sin referencia a los valores e instancias religiosas. En medio de la realidad de cambio

cultural emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse. Son productores y actores de la nueva cultura” (Aparecida n° 51).

“La avidez del mercado descontrola el deseo de niños, jóvenes y adultos. La publicidad conduce a mundos lejanos y maravillosos, donde todo deseo puede ser satisfecho por los productos que tienen un carácter eficaz, efímero y hasta mesiánico. Se legitima que los deseos se vuelvan felicidad. Como sólo se necesita lo inmediato, la felicidad se pretende alcanzar con bienestar económico y satisfacción hedonista” (Aparecida n° 50).

3.1.3. Como María la alegría de ser Discípulos y Misioneros para anunciar el evangelio de Jesucristo. Nuestro mundo necesita la alegría de la fe, que de sentido y plenitud a nuestro vivir. Como María que nuestra respuesta y nuestra vida sea un alegre Magnificat continuado “con la alegría de la fe somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación” (Aparecida n° 118).

La alegría de ser discípulos misioneros se traduce en bendición y alabanza. Bendición por el don de la fe, que nos permite vivir en alianza con Él hasta compartir la vida eterna. Alegría por habernos hecho libres, por asociarnos al perfeccionamiento del mundo, por hacernos hijos suyos, por habernos redimido con su sangre, y por la relación permanente que establece con nosotros hasta habernos llamado a ser Discípulos y Misioneros suyos. Nos alegramos y le damos gracias por tantos hombres y mujeres de América Latina que movidos por su Fe en el Señor, “han trabajado incansablemente en defensa de la dignidad de la persona humana, especialmente de los pobres y marginados. En su testimonio, llevado hasta la entrega total, resplandece la dignidad del ser humano” (Aparecida n° 120).

Nos alegramos de la sangre de tantos mártires de nuestros pueblos en los últimos años, que nos llenan de esperanza y nos piden nuestro testimonio de Discípulos y Misioneros. El Espíritu Santo en Aparecida nos convoca a la alegría de una Iglesia viva, que sea capaz de no caer en la mediocridad, ni en la mezquindad. “Bendecimos al Padre por el don de su Hijo Jesucristo rostro humano de Dios y rostro divino del hombre” (Aparecida n° 122).

Nuestros obispos en Brasil movidos por el Espíritu Santo nos presentan toda una tarea y desafío en el proceso de educación y formación del hombre nuevo y por eso nos alegramos con la alegría de la fe al ser convocados, como Discípulos y Misioneros, a la transformación de nuestro mundo (Aparecida n° 124, 125, 126, 127 y 128):

1 “Ante una *vida sin sentido*, Jesús nos revela la vida íntima de Dios en su misterio más elevado, la comunión trinitaria. Es tal el amor de Dios, que hace al hombre, peregrino en este mundo, su morada: Vendremos a él y viviremos en él” (Jn. 14,23).

2 “Ante la *desesperanza de un mundo sin Dios*, que sólo ve en la muerte el término definitivo de la existencia, Jesús nos ofrece la resurrección y la vida eterna en la que Dios se da todo en todos” ( 1 Cor. 15,28).

3 “Ante *la idolatría de los bienes terrenales*, Jesús presenta la vida en Dios como valor supremo. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si pierde su vida” (Mc. 23,8).

4 “Ante *el subjetivismo hedonista*, Jesús propone entregar la vida para ganarla, porque quien aprecie su vida terrena, la perderá (Jn. 12,25). Es propio del discípulo de Cristo gastar su vida como sal de la tierra y luz del mundo”.

5 “Ante *el individualismo*, Jesús convoca a vivir y caminar juntos. La vida cristiana sólo se profundiza y se desarrolla en la comunión fraterna. Jesús nos dice, uno es su maestro, y todos ustedes son hermanos” (Mt. 23,8).

6 “Ante *la despersonalización*, Jesús ayuda a construir identidades integradas”.

7 “Ante *la exclusión*, Jesús defiende los derechos de los débiles y la vida digna de todo ser humano. De su Maestro, el discípulo ha aprendido a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona humana”.

8 “Ante *las estructuras de muerte*, Jesús hace presente la vida plena. Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud (Jn. 10,10). Por ello sana a los enfermos, expulsa los demonios y compromete a sus discípulos en la promoción de la dignidad humana y de las relaciones sociales fundadas en la Justicia”.

Hay aquí todo un programa para esforzarnos y realizarnos como Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

3.1.4. Como María descubrir la llamada y vocación de los Discípulos Misioneros a la Santidad. Ser educador y ser católico no es cualquier cosa, es entrar y participar de la vida de Dios, de su santidad. En Aparecida el Espíritu de Dios nos llama a dejar nuestra pobre fe mezquina para entrar en la vida y en el anuncio de la santidad. “En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de Jesús su Hijo (Hb. 1, 1), Dios que es Santo y nos ama, nos llama por medio de Jesús a ser santos (Ef. 1, 45)” (Aparecida nº 145).

En nuestra relación con Jesús hay dos cosas originales: es Cristo quien nos eligió y nos convocó no para algo, sino para Alguien, fuimos elegidos para vincularnos íntimamente a su Persona.

“El llamamiento que hace Jesús conlleva una gran novedad. En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte no fueron ellos los que escogieron a su maestro. Fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (Mc. 1, 17). Jesús los eligió para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar, para que lo siguieran con la finalidad de ser de Él y formar parte de los suyos y participar de su misión. El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su

propio estilo de vida y sus mismas motivaciones (Lc. 6, 40), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (Aparecida n° 146).

Jesús nos hace familiares suyos, amigos y hermanos muy queridos y nos invita a la santidad y a dar vida a nuestro mundo. “Jesús los hace familiares suyos, porque comparte la misma vida que viene del Padre y les pide, como a discípulos, una unión íntima con Él, obediencia a la Palabra del Padre, para producir en abundancia frutos de amor” (Aparecida n° 148).

“Identificarse con Cristo es también compartir su destino: Dónde Yo esté estará también el que me sirve. El cristiano corre la misma suerte que Jesús, incluso hasta la cruz. Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga (Mc. 8, 34). Nos alienta el testimonio de tantos misioneros y mártires de ayer y hoy en nuestros pueblos, que han llegado a compartir la cruz de Jesús hasta la entrega de sus vidas” (Aparecida n° 155).

El tiempo que vivimos está pidiendo a los cristianos santidad, necesitamos crecer en la conciencia de que nuestra pertenencia a Cristo hará surgir en nosotros el ímpetu de comunicar a otros ese don del encuentro con el Padre a través de Jesucristo y por la fuerza del Espíritu Santo.

“Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniario y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo” (Aparecida n° 160).

Si en los colegios católicos no hay docentes, padres y alumnos que testimonien su encuentro con Cristo, puede que hablemos de Cristo, pero no será una educación cristiana. Por eso el desafío de empezar por formar un movimiento de educadores católicos.

3.1.5. Como María construir la comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia. La llamada a ser Discípulos y Misioneros es convocatoria a la comunión en su Iglesia. Es amar a nuestra pobre Iglesia y a nuestra pobre Compañía de María esforzándonos por construir la comunión.

“La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión. Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y el Papa” (Aparecida n° 171).

Necesitamos vivir y anunciar nuestra fe en comunión, por eso pienso en un Movimiento-Comunidad de Educadores Discípulos y Misioneros de Jesucristo, que sean capaces de crecer en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, vivir unidos y participar en la fracción del pan y en las oraciones. Y en la riqueza de la Eucaristía, como fuente, alimento, acción de gracias, unidad entre los hermanos y unión con el Padre.

“Al igual que las primeras comunidades de cristianos nos reunimos asiduamente para escuchar las enseñanzas de los Apóstoles, vivir unidos y participar en la fracción del pan y en las oraciones (Hch. 2,42). La comunión de la Iglesia se nutre con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, participación de todos en el mismo pan de Vida y en el mismo Cáliz de Salvación, nos hace miembros del mismo Cuerpo (1 Cor. 10,17). Ella es fuente y culmen de la Vida Cristiana, su expresión más perfecta y el alimento de la Vida en comunión. En la Eucaristía se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo. La Iglesia que la celebra es casa y escuela de comunión donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora” (Aparecida n° 173).

Los discípulos misioneros, si se aman los unos a los otros, serán reconocidos como anuncio del Señor. Es la fuerza de este amor y comunión entre los hermanos la que atraerá al encuentro con Cristo y nos convierte en discípulos. Es necesario educarnos y educar en el Espíritu de Familia.

“La Iglesia, como comunidad de amor, está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios que es comunión y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo. En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten convocados y recorren la hermosa aventura de la fe que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea (Jn. 17, 21). La Iglesia crece no por proselitismo sino por atracción: como Cristo atrae todo a sí con la fuerza de su amor. La Iglesia atrae cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como El nos amó (Rom.12,4-13)” (Aparecida n° 174).

3.1.6. Como María Discípulos en Misión al servicio de la vida plena. En Aparecida nos piden vivir y comunicar la Vida Nueva en Cristo a nuestros pueblos. Y esto exige una profunda conversión personal y pastoral, y al mismo tiempo una fuerte renovación misionera en nuestras comunidades.

“La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos partícipes de la naturaleza divina (1Pe. 1,4), a participarnos de su propia vida. Es la vida que comparte con su Padre y el Espíritu Santo, la vida eterna. Su misión es manifestar el inmenso amor del Padre, que quiere que seamos hijos suyos” (Aparecida n° 362).

Nuestros pueblos y nuestras gentes quieren vida, quieren felicidad. Y esa felicidad necesitan verla en el testimonio de los que vivimos en Cristo. Por eso necesitamos educadores que hagan creíble con sus vidas la santidad y el compromiso.

“De los que viven en Cristo se espera un testimonio muy creíble de santidad y compromiso. Deseando y procurando esa santidad no vivimos menos, sino mejor,

porque cuando Dios pide más, es porque está ofreciendo mucho más: ¡No tengan miedo a Cristo! Él no quita nada y lo da todo” (Aparecida nº 366).

Jesús, el Buen Pastor, viene a comunicarnos su vida, y a ponerse al servicio de la vida. Todo su paso por este mundo fue un desparramo de vida, y de vida eterna. Y nuestra América Latina necesita descubrir y vivir la plenitud de esta vida. A esto nos llama el encuentro de Aparecida.

“La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural. Para ello hace falta entrar en un proceso de cambio que transfigure los variados aspectos de la propia vida. Sólo así se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza. Porque Él es el Viviente, que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta. La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero. Podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia, y así brota una gratitud sincera” (Aparecida nº 370).

Necesitamos descubrir y vivir el regalo de la vida que Cristo nos ofrece en nuestro caminar diario, en su Palabra y en los sacramentos nos ofrece un alimento para el camino.

“Pero el consumismo hedonista e individualista, que pone la vida humana en función de un placer inmediato y sin límites, oscurece el sentido de la vida y la degrada. La vitalidad que Cristo ofrece nos invita a ampliar nuestros horizontes, y a reconocer que abrazando la cruz cotidiana entramos en las dimensiones más profundas de la existencia. El Señor que nos invita a valorar las cosas y a progresar, también nos previene sobre la obsesión por acumular. No amontonen tesoros en esta tierra (Mt. 6,19) ¿De qué le sirve a uno ganar todo el mundo si pierde su vida? (Mt.16,26). Jesucristo nos ofrece mucho, incluso mucho más de lo que esperamos. A la samaritana le da mucho más que el agua del pozo, a la multitud hambrienta le ofrece más que el alivio del hambre. Se entrega El mismo como la vida en abundancia. La vida nueva en Cristo es participación en la vida de amor del Dios Uno y Trino. Comienza en el bautismo y llega a su plenitud en la resurrección final” (Aparecida nº 371).

Aparecida nos convoca al desafío de una gran misión en todo el continente. Una misión que nos lleve a la pasión de comunicar la vida de Jesús. Convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Puede sonar a una imposible utopía, pero es el esfuerzo por no caer en una fe mezquina y pobre. No podemos quedarnos tranquilos con la tibieza en que a menudo vivimos. Es una llamada a vivirla santidad de los hijos de Dios.

“Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la Vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de

irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente, una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza” (Aparecida n° 376).

Aparecida nos llama a entrar en una fuerte conversión pastoral y a una renovación misionera de todas las comunidades.

“La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares, donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes de pastoral, donde se construyen las familias y las comunidades. La conversión pastoral requiere que la Iglesia se constituya en comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral” (Aparecida n° 382).

“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (Aparecida n° 384).

3.1.7. Como María, Discípulos y Misioneros, constructores del Reino de Dios y promoción de la dignidad humana. El anuncio de la Buena Nueva de Jesús es para todos, abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas y todos los pueblos.

“La Iglesia sabe, por revelación de Dios y por la experiencia humana de la fe, que Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza” (Aparecida n° 394).

Sabernos y sentirnos hermanos de todos. Ansias por construir el Reino de Dios y hacer un mundo mejor, más justo y más solidario. Necesitamos convertirnos al Evangelio, pues el Reino de Dios está llegando.

“El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el Evangelio (Mc. 1,15). La voz del Señor nos sigue llamando como discípulos misioneros y nos interpela a orientar toda nuestra vida desde la realidad transformadora del Reino de Dios, que se hace presente en Jesús. Acogemos con mucha alegría esta buena noticia. Dios Amor es Padre de todos los hombres y mujeres, de todos los pueblos y razas. Jesucristo es el Reino de Dios que procura desplegar toda su fuerza transformadora en nuestras iglesias y en nuestras sociedades. En Él, Dios nos ha elegido para que seamos sus hijos con el mismo origen y destino, con la misma dignidad, con los mismos derechos y deberes vividos en el mandamiento supremo del amor. El Espíritu ha puesto este germen

del Reino en nuestro Bautismo y lo hace crecer por la gracia de la conversión permanente, gracias a la Palabra y los sacramentos” (Aparecida n° 396).

Nuestros obispos nos piden, para la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe, ser discípulos y misioneros, y así nuestros pueblos tendrán vida en Jesús. Asumir desde la perspectiva del Reino las tareas necesarias que contribuyan a la dignificación de todos los seres humanos, y a trabajar con los demás ciudadanos del mundo en bien del ser humano.

“El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, como bien nos muestra el Señor en todos sus gestos de misericordia, requiere que socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboramos con otros organismos e instituciones para organizar estructuras más justas. Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales” (Aparecida n° 398).

La misericordia nos obliga a la búsqueda de una verdadera justicia social, que mejore la calidad de vida de todos los hombres, y los haga sujetos de su propio desarrollo. Educar para el servicio, la justicia y la paz.

“La Iglesia no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Ella colabora purificando la razón de todos aquellos elementos que la ofuscan e impiden la realización de una liberación integral. También es tarea de la Iglesia ayudar con la predicación, la catequesis, la denuncia y el testimonio del amor y de justicia, para que se despierten en la sociedad las fuerzas espirituales necesarias y se desarrollen los valores sociales. Sólo así las estructuras serán realmente más justas, podrán ser eficaces y sostenerse en el tiempo. Sin valores no hay futuro, y no habrá estructuras salvadoras, ya que en ellas siempre subyace la fragilidad humana” (Aparecida n° 399).

3.1.8. Como María, Discípulos y Misioneros, en una opción preferencial por los pobres. Nuestra fidelidad al Evangelio, nos exige proclamar en todas partes la verdad sobre el hombre y la dignidad de toda persona humana, y la convicción de que en el Dios vivo revelado por Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana. Aparecida nos invita a entrar en la preocupación por los millones de latinoamericanos que no pueden llevar una vida con dignidad, y nos pide que busquemos soluciones en una opción preferencial por los pobres. Son escandalosas las desigualdades sociales y económicas. Son escandalosos los criterios y prácticas individualistas de bastantes cristianos, y de muchos religiosos sobre la pobreza. Clama al cielo el despilfarro, el consumismo de bastantes cristianos y de muchos religiosos, la falta de austeridad.

“En esta época suele suceder que defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia

en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones. Es necesario una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras: Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos” (Aparecida n° 411).

La opción por los pobres, no es una ocurrencia de unos idealistas locos, está implícita en la fe cristológica. Esta opción nace de nuestra fe en Cristo, Dios que se ha hecho nuestro hermano. Los cristianos como discípulos y misioneros estamos llamados a contemplar el rostro de Cristo en los rostros sufrientes de nuestros hermanos. Y hacer esfuerzos para que en nuestros corazones broten las actitudes de encuentro, fraternidad y servicio, que nos lleven a gestos y opciones visibles en defensa de la vida y de los derechos de los excluidos.

“Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia Latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos” (Aparecida n° 410).

Es importante saber estar cerca de los pobres. El amor se muestra más en las obras y en los signos que en las palabras, por eso es necesario estar cerca de ellos, y ser amigos, que compartimos nuestro caminar diario hacia Dios Padre.

“Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar los valores profundos de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido como ellos. Desde esta experiencia creyente compartiremos con ellos la defensa de sus derechos” (Aparecida n° 412).

## **3.2 PASOS A DAR PARA PROMOVER ESTE MOVIMIENTO DE EDUCADORES, DISCÍPULOS Y MISIONEROS**

3.2.1. Para este desafío de tratar de hacer un Movimiento de Educadores Católicos tendrá que pensarse en un camino a recorrer, en etapas, momentos de formación y compromisos, en ir adquiriendo una fuerza y apoyo como cuerpo evangelizador, y en una vivencia clara y significativa de santidad. Comenzar invitando a los docentes de nuestros colegios, sin tener miedo de presentar las exigencias del discipulado y de la

misión. Invitar a otros docentes, meterse en los colegios estatales. El pertenecer a este movimiento no da derechos a conseguir horas de clase en nuestros colegios, pues no es salvar nuestras obritas, sino ser capaces de responder al Padre, en esta coyuntura de América Latina y en la Educación, como elemento fundamental de evangelización. Es verdad que redundará en beneficio de nuestros colegios, pero queremos apuntar más alto. Es el esfuerzo por desarrollar las capacidades personales y pastorales de tantos docentes, que nos decimos católicos, para que anunciemos sin miedos ni vergüenzas nuestra fe en Jesucristo. Ser de veras Discípulos y Misioneros, y formar Discípulos y Misioneros. Este es uno de los desafíos hoy para la Iglesia en América Latina. Presentar la posibilidad de formar un grupo de educadores, pero con un compromiso muy serio de ejercer la educación, viviendo como Discípulos y Misioneros y en búsqueda de formar Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Habrá que empezar con seriedad, pues no es un club lo que se trata de hacer, sino una fidelidad de Discípulos que se entregan alegres a la Misión. Es decir presentarles una espiritualidad y un compromiso de vivir como Educadores, Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Esto requerirá entrar en un camino de santidad y de misión, juntos con muchos otros educadores.

3.2.2. Necesitaremos ir haciendo un plan y un proyecto para este Movimiento de Educadores Católicos de manera que aparezca clara la espiritualidad y los compromisos a vivir, que se exigen para ser Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Debe ser un proyecto y plan sencillo, fiel a lo que el Señor quiere de nosotros y que surja de la vida y de nuestra fidelidad a Jesús. Para eso tener en cuenta lo que Aparecida nos presenta hoy para la evangelización en América Latina, es decir:

3.2.3. Los principios fundamentales para hacernos vivir como Discípulos y Misioneros de Jesucristo en la Evangelización de América Latina:

- 1 No grandes estructuras, hombres y mujeres nuevos (Aparecida nº 11).
- 2 Evitar el peligro de una fe y una pastoral mezquina (Aparecida nº 12).
- 3 Elegir caminos que conduzcan a la Vida.(Aparecida nº 13).
- 4 No tengamos miedo, el Señor está con nosotros. Promover y formar Discípulos y Misioneros (Aparecida nº 14).

3.2.4. Tener en cuenta lo que Aparecida nos dice de los Colegios Católicos:

- 1 El objetivo de la Educación Católica es formar Discípulos y Misioneros de Jesucristo.
- 2 La educación Católica vive en América Latina una particular y delicada emergencia (Aparecida nº 342).
- 3 Impartir una educación de calidad donde tengan lugar los valores perennes (Aparecida nº 343).
- 4 Una educación que humaniza y personaliza (Aparecida nº 344).
- 5 La Misión primaria de la Iglesia consiste en anunciar el Evangelio (Aparecida nº 345).
- 6 El colegio católico tiene que entrar en un profundo cambio, y recuperar su identidad católica con un anuncio misionero valiente y audaz (Aparecida nº 346).
- 7 Buscar la manera y poner los medios para que la comunidad educativa asuma su rol de vivir como Discípulos y Misioneros, y de formar Discípulos y Misioneros (Aparecida nº 352).
- 8 Una educación que recapitule todo en Cristo (Aparecida nº 346).

9 Una educación centrada en la persona humana, capaz de vivir en comunidad (Aparecida n° 348).

10 En el proyecto educativo el fundamento tiene que ser Cristo, el hombre perfecto (Aparecida n° 349).

11 La escuela católica se propone la construcción de la personalidad de niños y jóvenes, teniendo a Cristo como referencia en la mentalidad y en la vida (Aparecida n° 350).

12 La educación católica no puede cerrarse sólo a los colegios católicos.

3.2.5. Tener en cuenta las líneas de espiritualidad que Aparecida nos presenta y ponerlo todo en manos de María.

1 Como María conciencia de que Dios Padre nos llama hoy a ser Discípulos y Misioneros de Jesucristo en nuestra tarea de Educadores (Aparecida n° 20,21,22).

2 Como María ser capaces de mirar amorosamente la realidad de nuestro mundo (Aparecida n° 39,49,51,50).

3 Como María la alegría de ser Discípulos y Misioneros para anunciar el Evangelio de Jesucristo (Aparecida n° 118 al 128).

4 Como María descubrir la llamada y vocación de los Discípulos Misioneros a la Santidad (Aparecida n° 145,146,148,155,160).

5 Como María construir la Comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia (Aparecida n° 171,173,174).

6 Como María Discípulos en Misión al servicio de la Vida Plena (Aparecida n° 362,366,370,371,376,382,384).

7 Como María Discípulos y Misioneros constructores del reino de Dios y promoción de la dignidad humana (Aparecida n° 394,396,398,399).

8 Como María opción por los pobres y los excluidos (Aparecida n° 411,410,412).

9 Como María concretar nuestra respuesta en un proyecto personal de vida en seguimiento de Jesús, en comunión con otros docentes y creciendo y haciendo a muchos otros, de la comunidad educativa, Discípulos y Misioneros de Jesucristo.

3.2.6 Creo que el acontecimiento de Aparecida marca un tiempo nuevo para la evangelización de América Latina. Reconoce la sombras, y sobre todo que estamos en un cambio de época. No se trata hoy de mantener simplemente lo que hacemos, es necesario un cambio de óptica centrado en la realidad de vivir como Discípulos y Misioneros de Jesucristo. Aparecida quiere sacudirnos la modorra, sacarnos de la mezquindad de nuestra fe y darlo todo. Sobre todo quiere que seamos capaces de vivir lo más hermoso de la vida que en Jesús Dios Padre nos ha dado, y así entremos en la santidad de los hijos de Dios, por la fuerza y la presencia del Espíritu Santo. Dios quiera que seamos fieles y audaces.

**Nueve de Julio, 25 de Julio 2007**